



El trabajo clínico con lo traumático. “La explosión de calle Salta” y un abordaje desde la propuesta teórica de Silvia Bleichmar¹

Clinical work with the traumatic. “Explosion on Salta street” through Silvia Bleichmar’s theoretical proposal.

Magali Besson²

Resumen

El presente artículo aborda la pregunta por el trauma desde una perspectiva metapsicológica para definir los modos de intervención específicos en el trabajo clínico del psicoanalista frente a los desastres y catástrofes productos del obrar humano. Se basa en la investigación de la propuesta teórica de la psicoanalista argentina Silvia Bleichmar y en la puesta a prueba de sus fundamentos a partir de la reelaboración del proceso clínico sostenido con una sobreviviente de una tragedia reciente en la ciudad de Rosario

Palabras clave: traumatismo – modelo metapsicológico – simbolizaciones – de transición.

Abstract

The present article boards the subject of trauma from a meta psychological perspective to define the modes of intervention specific to the psychoanalyst’s clinical work in the context of disasters and catastrophes produced by human activity. It is based on an investigation of argentinian psychoanalyst Silvia Bleichmar’s theoretical proposal and testing of its foundation from a reelaboration of the clinical process endured by a survivor of a recent tragedy in Rosario city.

Keywords: trauma – metapsycological model – transition symbolisms.

*Entre el terrorismo de Estado y el terremoto,
se abren conceptualizaciones, con sus diferencias,
porque precisamente la Naturaleza (...) no me*

1 Este escrito podría ser comprendido dentro del conjunto de mis producciones en el marco de la Carrera de Especialización en Ps. Clínica, Institucional y Comunitaria, ya que dicho espacio contribuyó a formar la actitud que me sostiene en las más variadas situaciones de trabajo con sujetos traumatizados.

2 Psicóloga, especialista en Psicología Clínica, Institucional y Comunitaria (UNR), trabajó como psicóloga en APS municipal y provincial desde el año 2000 hasta el 2021 y actualmente dicta clases en la Facultad de Psicología de la UNR y en seminarios de psicoanálisis.

tortura, no es conmigo. A mí me dan miedo los seres humanos, cuando odian, porque ejercen acciones que implican el sadismo, y la Naturaleza no tiene sadismo.

Silvia Bleichmar en entrevista con Eduardo Muller (2009, Superar la inmediatez p. 250)

Introducción

La pregunta que motiva la escritura del presente artículo está dirigida hacia los modos en que incide una determinada concepción de la constitución del sujeto psíquico en las formas de trabajo clínico con lo traumático. Para ello tomaremos los aportes conceptuales de Silvia Bleichmar (2002, 2004, 2006, 2009, 2020), quien comprende a lo traumático asociado a materialidades psíquicas específicas derivadas de un modo particular de inscripción en la tópica psíquica de vivencias con efectos traumatizantes para el sujeto. A partir de la idea de “poner a trabajar a Freud”³, Bleichmar (1987) propuso una teorización cuya perspectiva metapsicológica permitió un cercamiento con los traumatismos y en coherencia con ello, la creación de modos de intervención específicos. Gran parte de su práctica clínica estuvo basada en numerosas experiencias sostenidas con niños y adultos víctimas de genocidios y catástrofes sociales en las que, incluso, ella misma estuvo inmersa o cercana de diversas formas. De este modo, el ho-

locausto judío, las desapariciones y el exilio causados por la dictadura de 1976 en Argentina, y más tarde el terremoto sufrido en septiembre de 1985 en la ciudad de México, así como la explosión de la AMIA en 1994⁴ constituyeron marcas que, lejos de ser cicatrices insensibles, operaron en esta psicoanalista como una fuente de estímulos para creaciones de las cuales llama la atención la síntesis lograda entre una intensa sensibilidad y una lucidez fuera de lo común.

Intentaré, entonces, aproximar algunos de los conceptos centrales trabajados por Bleichmar a propósito del traumatismo al mismo tiempo que emprenderé una tarea de elaboración de preguntas e hipótesis procedentes de mi propia práctica clínica tomando para tal fin un caso proveniente de mi práctica con personas damnificadas de la conocida como “Explosión de calle Salta”.⁵

4 Hacemos referencia al exterminio de seis millones de judíos por parte del nazismo, al genocidio cometido por los responsables de la última dictadura cívico-militar argentina, a los exilios forzados que se dieron en aquel momento histórico de nuestro país y que, al igual que muchos otros intelectuales, Silvia Bleichmar y su familia debieron afrontar con la ciudad de México como destino. Por último, hacemos referencia la voladura de la Asociación Mutual Israelita Judía de Buenos Aires (AMIA) el 18 de julio de 1994.

5 El 6 de agosto de 2013 explotó una de las tres torres del edificio que estaba ubicado en calle Salta 2141. El siniestro marcó un hecho inédito en las tragedias ocurridas hasta el momento en la ciudad de Rosario. Se trató de la explosión seguida de derrumbe de una construcción de 10 pisos a partir de un escape masivo de gas. Según los testimonios de público conocimiento es comprendido como el desenlace de un encadenamiento de acciones negligentes asociadas a un intento de reparación infructuoso que distribuyó acusaciones para diversos actores relacionados con el siniestro. La muerte de 22 personas y la supervivencia con efectos traumatizantes de otras 23 hizo que el hecho fuera judicializado sin llegar a cerrarse mediante el dictamen de sentencias que permitieran a los dam-

3 Un ejemplo clásico para ilustrar dicha posición epistemológica es el referido a la pesquisa de aquellas teorizaciones que responden a una visión endogenista diferenciable del modelo exogenista dentro del cual tiende a inscribirse la indagación sobre el trauma (excepto cuando Freud (2001) recurre a la visión filogenética y más aún cuando descrea de sus históricas (2006) y abandonas su primera teoría del trauma).



1. El modo de pensar lo traumático.

El traumatismo en sentido amplio.

El traumatismo en sentido amplio se corresponde con un modelo de psiquismo definido por una constitución del mismo considerada como de origen exógeno, metabólico y por *après-coup*. Para este modelo, la sexualidad del adulto es la encargada de alterar las reglas del régimen biológico con las que el cachorro humano llega al mundo. El hecho de que el adulto sea quien toma a su cargo los llamados provenientes del *infans* inerte plantearía que estamos ante un primer traumatismo cuando el aparato psíquico incipiente debe metabolizar el exceso provocado por una respuesta a la necesidad biológica que desborda lo requerido para su satisfacción. El plus de excitación provocado en el *infans* a propósito de esta implantación pulsional de procedencia externa será entonces el motor para la producción de las primeras partículas de un pensamiento sin sujeto. Las representaciones suscitadas en un primer momento de la vida en el que aún no hay un ordenamiento dado desde el lenguaje ni un yo capaz de pensarlas dejarán inscripciones que podrán ser retranscriptas, es decir, metabolizadas y, a partir de ello, modificadas a posteriori.

Un caso trabajado por la misma Bleichmar⁶⁶ permite aclarar un poco más la perspectiva del modelo planteado. Se trata del trabajo con un niño que, al momento de la consulta analítica, padecía de una fobia

a Drácula, productora de un enorme sufrimiento. El caso de Andrés se construye analizando la historia traumática eficiente más allá de la anamnesis. Fue un bebé que vivenció una dentición especialmente dolorosa antecedida por una lactancia complicada (displacentera para la madre), seguida de un destete abrupto. Ambas cuestiones habrían sido vivencias elaboradas desde el mecanismo pre-represivo de la vuelta de la pulsión sobre la propia persona (con diarreas y vómitos a repetición) dando lugar a una defensa por la vía de la expulsión, puntualmente, a partir del rechazo a la ingesta de todo tipo de leche y el pedido de jugo como apaciguador de la tensión ligada a la dentición, primero, y al embarazo de la madre más tarde, después, a sus tres años y nueve meses. Para ese momento surgió, además, el miedo a estar solo durante las noches, primero y, más tarde, con el nacimiento de la hermanita, la lactancia artificial de esta y un pasaje de la especularidad a la triangulación, la constitución de una fobia a Drácula. Esta última simbolización daría lugar a la producción de la represión originaria y a nuevos tratamientos para los contenidos pulsionales que resignificaron las vivencias traumáticas tempranas ligadas a la oralidad.

Para este modelo, los estímulos ingresan en el aparato donde van a sufrir una descualificación que los hace devenir algo diverso a lo que eran en su origen. El diente de leche cortante queda, así, enlazado al diente de Drácula, y la leche rehusada por una mamá que había padecido la vivencia de la lactancia y el destete, ingresó mediante la inscripción de elementos parciales del objeto que se fueron enlazando a los registros de diversas experiencias de tensión y alivio de la pulsión ligada a la oralidad.

nificados y la comunidad en general ver parcialmente reparados, sobre todo, los daños psíquicos y morales sufridos.

66 Hacemos referencia al caso de Andrés incluido en la tesis doctoral de Bleichmar (2015).

Recurrimos a este caso para dar cuenta de que aquello que se inscribe psíquicamente de un modo determinado no necesariamente permanece adherido a esa modalidad de inscripción, ni continúa investido con la misma intensidad de carga inicial. Si hay retranscripción, hay metabolización y esta se da por *après-coup* y no de un modo evolutivo ni deshistorizado donde lo anterior queda inactivo para dar paso a lo siguiente de acuerdo a un plan previo de desarrollo.

La formulación es, entonces, la de un modelo de aparato psíquico como sistema abierto a lo real que permite pensar en una estructuración del psiquismo con mecanismos de funcionamiento dominantes, mas no totalizantes ni cerrados a los efectos promovidos por el intercambio incesante con el exterior. Un exterior que es fuente de acontecimientos no solo novedosos sino también azarosos⁷.

7 En este sentido, es necesario señalar que Bleichmar, al igual que Laplanche, discute con la idea de una estructura psíquica organizada desde el funcionamiento de un mecanismo exclusivo. Asimismo, rescata la idea freudiana presente en el historial del Hombre de los lobos de la existencia posible de corrientes psíquicas que podrían entraren cortocircuito con el modo de funcionamiento psíquico predominante y que plantean la necesidad de un trabajo específico. A los fines de ejemplificar, sirve comentar el caso de un paciente encopréico de 10 años con quien pude trabajar analíticamente al mismo tiempo que tomaba el trabajo de transmitir algunas orientaciones a los adultos de la institución donde el niño vivía por motivo de una medida excepcional, a los fines de que estos adultos lograran comprender que, a pesar de estar ante un pequeño que fue campeón de ajedrez, éste podía padecer al mismo tiempo fallas en la constitución de su yo que hacían que ciertas corrientes de la vida pulsional no encontraran un destino neurótico. De este modo, evitamos que se sostuviera en algunos de los trabajadores la idea de que el niño encuciaba la ropa a propósito para darles trabajo.

El traumatismo en sentido estricto

Desde los inicios mismos de la práctica, Freud y sus contemporáneos se vieron confrontados a tener que considerar un estatuto particular para aquellos fenómenos que expresan un límite para el trabajo de retranscripción o, más corrientemente llamado trabajo de simbolización. Es frente a la repetición compulsiva y a las impulsiones, pero también, frente a los síntomas de difícil remisión que nos cuestionamos ante qué tipo de representación nos encontramos y qué hacemos con la fuerza particular que se desprende del despliegue o activación de los contenidos traumatizantes en los planos de la acción y del pensamiento de un sujeto que sufre la fijación del trauma. Nos referiremos a aquellas inscripciones que han quedado desligadas de la posibilidad de ser transcritas espontáneamente por las leyes del proceso primario y el proceso secundario para una posible producción de síntomas (simbolizaciones logradas por la condensación el desplazamiento) interpretables a partir de un análisis sostenido en la asociación libre.

Antes introduciremos algunas consideraciones fundamentales acerca del modo de comprender el traumatismo en sentido estricto.

Comenzaremos diciendo que lo traumático se produce cuando el evento que impacta en el sujeto lo hace de modo tal que desmantela sus defensas eficaces hasta el momento. Esto implica comprender al traumatismo como no dependiente exclusivamente del carácter del evento sino como efecto de la ecuación dada entre el estímulo externo y el modo en cómo este ingresa en el sujeto de acuerdo a la capacidad de sim-



bolización con la que este pueda responder.⁸

Desde la perspectiva retomada subrayamos la pregunta por el modo cómo ha ingresado el hecho acaecido en el psiquismo para, sólo desde la ecuación planteada entre el estímulo externo y modo de respuesta desde el interior del sujeto, valorar si estamos o no ante un traumatismo. La situación de percibir la propia vida en riesgo, por ejemplo, puede ser más o menos traumatizante según los sentidos que el mismo sujeto expuesto a esta vivencia le otorgue a dicho riesgo.

El estado de impreparación, lo nunca antes vivenciado y el desmantelamiento de las defensas son cualidades de lo traumático que presentan consecuencias en el modo del registro psíquico.

En este punto, la propuesta de concebir una heterogeneidad representacional nos auxilia por estar asociada a la idea de que existen diversos modos de inscripción de la realidad en el psiquismo. Bleichmar (2020) realiza una lectura de Freud que propone recuperar la distinción realizada entre reminiscencia y recuerdo. De este distingo podemos tomarnos para pensar los retornos de aquellos fragmentos desprendidos de las vivencias traumáticas que acosan al sujeto. Dichos fragmentos se actualizan y con ello impiden el olvido por efecto de un ensamblaje representacional que permitiría, a su vez, el desgaste energético de la impresión hiperintensa. Este desgaste dependerá de lo que el sujeto pueda ir ligando con lo inscripto anteriormente, al mismo tiempo que el trauma (en momentos de elaboración más allá del terror, el estupor o el susto

iniciales) plantea una novedad propiciatoria para pensar cuestiones que nunca se habían pensado antes.

Sin embargo y, ante todo, en los primeros retornos de lo traumático solemos advertir la embestida de la pulsión sexual contra el sujeto en su forma desligada (lo que hace a una forma de definir a la pulsión de muerte) y la aparición de materiales incomprendibles, desconectados de las vivencias que le dieron origen, incapturables para el sujeto que ve sus defensas asaltadas por estas percepciones no ligadas.

Bleichmar⁹ (2006) figura a estos fragmentos desprendidos de la vivencia traumática como elementos que vagan en un limbo, sin localización tópica definida, sin sometimiento a la legalidad particular de alguno de los sistemas. No serían ni inscribibles como significantes, ni interpretables. No son contenidos, ni reprimidos, ni conscientes, aunque sí manifiestos. Recupera, en esta línea, el concepto de *signo de percepción* de Freud (2006) y propone su tratamiento al modo del indicio que guarda una relación metonímica y no metafórica con la vivencia de procedencia. De este modo, establece un recurso para intervenir con estas materialidades, un recurso que no consiste en el desciframiento de lo reprimido mediante la interpretación de un símbolo (donde sí estamos ante una metáfora lograda), ni en la oferta de hipótesis propia de las construcciones en el análisis (2012). En el caso que trabajaremos a continuación volveremos sobre este punto para ubicar la propuesta de intervención para el abordaje de esta materialidad psíquica propia de los signos de percepción.

8 Esta formulación no implica desconocer el carácter traumatizante que tienden a poseer en sí mismas ciertas situaciones con alto voltaje energético.

9 Podemos encontrar una exposición pormenorizada de esta teorización en Bleichmar, (2006).

El trabajo con lo traumático. Algunas preguntas para comenzar

¿Cómo trabajamos los analistas ante los sufrimientos máximos que provoca la angustia desbordada por aquellos contenidos psíquicos que no logran articularse en la formación de un síntoma estabilizante? ¿Buscamos solamente una explicación de los efectos psíquicos traumáticos en las vivencias previas del sujeto o podemos pensar que el traumatismo puede manifestar su retorno mediante modos no fantasmaticados?

¿Cómo cooperamos para que el único destino del afecto no sea el de quedar desligado o escindido?

En la repetición inherente al traumatismo, sabemos que puede haber intentos de síntomas poco integrados en el yo, escisiones y compulsiones donde predomina la fuerza desorganizante de la pulsión más desligada. La rigidez afectiva o desafectación y la carencia de cualificación del afecto en sentimientos son también marcas singulares de los modos en que se manifiesta lo traumático. Asimismo, los signos de percepción que no alcanzan a constituirse en sentidos pensables suelen estar a la orden del día en situaciones de traumatismos y es, entre otros puntos, una de las particularidades a atender en estos trabajos clínicos. En ese sentido nos preguntamos: ¿Cómo ligar a otras representaciones la impresión sensorial de, por ejemplo, un ruido ensordecedor que retorna y atormenta ante la aparición de cualquier ruido inesperado, o la sensación generada por el olor de un humo invasivo que no deja respirar?

¿Cómo contribuimos a ligar la impresión de arrasamiento impuesta por actos de abuso cuando la responsabilidad por un

hecho productor de graves estragos no queda sancionada judicialmente limitando con esto la reparación subjetiva de las víctimas?

¿Cómo pensamos la responsabilidad subjetiva cuando el hecho proveniente del exterior ha sido incontrolable para el sujeto que lo padeció?

Historia y trauma

Es una mujer “sobreviviente de la explosión de calle Salta.” Llegó a un dispositivo estatal de atención para damnificados de esa tragedia hace nueve años, un mes después de la explosión. Para ese entonces le costaba permanecer quieta en su silla, no dormía bien y padecía un nivel de sobreexcitación proveniente de dos fuentes: una descarga más directa de energía no ligada y una respuesta hiperactiva que ya comenzaba a fisurarse. A pesar de la respuesta de sus defensas, no tardaría en irrumpir una nueva gran fractura. La vida de I. ya contaba con varias pérdidas de las que había logrado recuperarse cada vez, aunque en esta ocasión dudaba de su capacidad de hacerlo nuevamente. Al modo de un mantra *destinal* compartía conmigo una idea sintetizada en la frase: “No podés estar bien porque algo malo va a pasar”. Y es que ella estaba bien cuando su casa voló por los aires y salvó su vida por un puro azar que se sumó, luego, a su propia capacidad de espera y a la valiente labor de los bomberos.

Tras un primer momento de conmoción que combinó la alegría de estar con vida con el dolor por todo lo perdido en la explosión surgieron algunas de sus propias preguntas: ¿Cómo dar lugar a la pena si estaba con vida? ¿Qué hacía con el enojo por los cam-



bios no elegidos que impuso la pérdida de su casa de una forma tan inesperada y terrible? ¿Dónde escucharían su tristeza y dónde no? ¿Cómo conectar con el dolor, efecto de reconocer su identidad atacada (su casa amada, sus objetos—recuerdos conservados, su barrio elegido, su trabajo y cotidianidad habían sido devastados) cuando este dolor amenazaba por momentos con despertar una gran angustia? Al mismo tiempo, de mi lado emergieron las propias preguntas que me irían situando: ¿Cómo ayudar a I. a pensar que fue en buena medida el azar de un hecho externo y no el destino el que venía a desestructurar su vida? ¿Cómo considerar al mismo tiempo las determinaciones desprendidas de un registro histórico—vivencial previo como aquellas que permitirían precisar los modos singulares de constitución del acontecimiento traumático en sus aspectos más simbolizables? ¿Cómo hacer para que dichas determinaciones no quedasen ganadas por la idea de un destino aplastante?

Desde el comienzo de las entrevistas, la pregunta dirigida a I. acerca de cómo recuperar su vida fue una de las cuestiones que organizaron el trabajo de simbolización. Fuimos pensando (sobre todo por iniciativa de I.) a la supervivencia como ocasión y no como pura fuente de un sentimiento culposos y comprensible como inevitable. En un primer momento, las responsabilizaciones confusas podían contribuir a que las víctimas tendieran a asumir cargos ajenos. Por otro lado, implicaba un esclarecimiento pensar el hecho de que otras víctimas hubieran muerto por circunstancias azarosas, ajenas a la situación de los sobrevivientes.

Tras un primer momento de júbilo por haber salvado la vida, I. se manifestaba aferrada a la exigencia de recuperar su co-

tidianidad, lo que hacía pensar en un duelo sentido, a veces, como imposible. Sus conquistas habían sido efecto de su trabajo anímico y su coraje y verlas interrumpidas de una forma tan violenta no planteaba un conflicto de sencilla comprensión y desarticulación. Hubo que transcurrir un tramo de trabajo en el cual me presté como soporte de su angustia, primero, y de su enojo e indignación, después, para que I. lograra posicionarse ante la injusticia con una subjetividad capaz de protesta. No obstante, su composición como sujeto social activo se daba en un campo minado: I. veía limitada su actividad social debido a la hipersensibilidad auditiva sufrida ante distintos ruidos. Esta secuela, además, intervenía en su descanso por las noches. En medio del silencio podía ocurrir la explosión. Se despertaba aterrorizada ante sonidos que, aunque pudieran ser lejanos, alcanzaban como estímulo para actualizar los ruidos del estallido del edificio o el sonar de las sirenas de los momentos desesperantes del rescate. Esto hacía que se despertara sobresaltada y sacudida por movimientos corporales involuntarios, al modo de descargas de energía no ligada. Asimismo, al sufrimiento asociado a la audición se sumaban problemas para respirar producidos por la secuela que había dejado el exceso del humo respirado, lo que hacía que I. sufriera físicamente frente a estos estímulos, fuente permanente de retraumatización.

Desde un inicio del trabajo comenzamos a reconstruir pieza por pieza (en el sentido metafórico del trabajo del duelo, pero también en uno literal) la historia de sus objetos materiales significativos, la de los perdidos, la de los recuperados tras la explosión y la de los objetos de sus relaciones. Con ello

dimos lugar a la complejidad de las contradicciones afectivas para algunos casos y a algunos enojos emergentes de situaciones revisitadas desde la actualidad del espacio transferencial. A lo largo del proceso se desplegaron diversos duelos con diversos niveles de elaboración. El trabajo fue alterando la revisión de sus sentimientos por los modos de cada pérdida con aquello que la decidió a tomar el espacio de análisis, una pérdida para la que no estaba preparada, como no lo estuvo para otras, pero de un modo diferente esta vez.

La explosión atentó contra los relicarios que I. conservaba; “las únicas cosas que me quedaban de mi familia” expresó. Era, entonces, ocasión de confrontarse con la opción de llorar sobre los fragmentos explotados o, de algún modo, ir recomponiendo recuerdos, presente y futuro, como quien rearma un objeto roto a partir de una especie de zurcido, si pensamos con Bleichmar (2020) en “la recomposición del tejido psíquico dañado” (p.98) y que en este caso implicó más de un tipo de abordaje.

Diversas materialidades psíquicas, diversos modos de intervención.

Podríamos decir que en este caso hubo, al menos, tres formas más recurrentes de intervenir del lado del analista. Con preguntas acerca de las propias teorías de I. sobre los motivos de sus malestares e interpretaciones mías acerca de sus modos sufrientes más sintomáticos: por ejemplo, en el marco de la búsqueda de formas de participación en distintos espacios sociales que podían ir desde el intento de rearmar su vida laboral hasta las actividades asociadas a dar visibi-

lidad de un modo activo a sus demandas particulares en función de los efectos de la explosión en ella y otros sobrevivientes.

Mediante construcciones que abonaran al esclarecimiento de su posición ante algunos hechos de su pasado y el nexo posible entre ellos y algún suceso de la actualidad a partir de algunas impresiones afectivas coincidentes entre distintos momentos de su vida.

A través de la nominación de algunos sentimientos que permitieran que un afecto más angustioso se cualifique en miedo y enojo. Esto implicó que la aparición angustiosa de ciertas percepciones se enlazara con la situación vivenciada de la cual lo percibido quedó escindido. A este respecto, Bleichmar (2006) aporta una herramienta específica: Las simbolizaciones de transición.

Las simbolizaciones de transición son ofertas simbolizantes que implican que el analista advierta la posible conexión entre un fragmento de algo vivenciado (inscripto como signo de percepción), enigmático y en la mayoría de los casos angustiante y una situación que pueda entrar metonímicamente en conexión con este fragmento para producir lo que Bleichmar (2006) define como autotrasplantes psíquicos. A partir de estos autotrasplantes es que el elemento hasta el momento aislado, pero con empuje para buscar enlaces encuentra una ligazón que permite un desgaste de su sobreinversión y de su poder atacante para las defensas yoicas.

La angustia por los espacios de la casa que ya no estaban hicieron hablar a I. de otros espacios perdidos. Por otro lado, los ruidos y la dificultad respiratoria ocasionada por el ingreso masivo de humo en su cuerpo pudieron, cada vez más, ser reubicados



en el exterior que les dio origen liberando con ello una interioridad psíquica ganada por la idea de condena por un sino propio que la volvería vulnerable a las tragedias.

Mediante nuevas significaciones, nuevos sentimientos permitían ligar lo que, de lo contrario, hubiera sido puro retorno de sensaciones disruptivas. Paulatinamente y al ritmo de dos sesiones semanales salvo alguna excepción, lo escuchado y lo visto traumáticamente de la explosión se fue, ya no solo verbalizando, sino ligando a otras imágenes y voces del mismo contexto de la explosión y de otras vivencias, también con impronta traumática. Para esto último fue necesario, no solo abrir paso a conocer su historia, sino también ocupar como analista un lugar que no intentara buscar y encontrar en el pasado la explicación a todos los padecimientos pensando que lo inédito de lo vivido recientemente lejos de ser un desencadenante de lo que ya estaba allí, presto a activarse, podía suscitar una forma novedosa de interpretar el pasado que incluye numerosos logros a pesar de múltiples adversidades. Comprender, por ejemplo, su hipersensibilidad auditiva y psíquica sin pretender solapar un aspecto con otro; no juzgar su mala suerte como destino y sostenerme en la apuesta a un trabajo de ligazón fueron condiciones decisivas. Esto último se basó, sobre todo, en no sobreestimar el rol de la interpretación de lo reprimido para dar lugar, también, a la pesquisa de las sensaciones que acompañaban a los diversos signos de percepción con los cuales se manifestaba lo traumático. De esta manera, el acontecimiento de la explosión fue pensado como inaugurador de un auténtico antes y después, un parte aguas del que intentaríamos extraer preguntas como aquella que la

misma I. pronunció al decirme y decirse: ¿qué hago con esta nueva oportunidad de vivir cuando podría haberme muerto, para no ser sólo una sobreviviente?

Durante el transcurso del trabajo, el modo de I. dejó de ser el de un puro padecer para llegar un día contenta, con un regalo. Había decidido obsequiarme un frasco de su perfume favorito que, al entregarme, acompañó de un guiño al decir: “La vida es bella”. El olor del humo pudo también dejar paso a la fragancia de las flores y la vida, su vida, es bella, también. La mala fortuna ya no era lo único posible en su vida.

Más recientemente y en una instancia pública, I. se pronunció con calma y firmeza respecto de su enojo para con la instancia judicial encargada de dictaminar las responsabilidades y que dejaría penalmente impune a los integrantes de la empresa de gas acusada de ser parte protagónica en el siniestro de la explosión debido a su accionar negligente.

A su vez y en la misma instancia, dijo sentir reavivadas sus impresiones de asfixia del momento previo al rescate a partir de las nuevas quemaduras de las islas del humedal frente a la ciudad¹⁰. Lo traumático con sus signos de percepción retorna como retorna la in-justicia, pero el enlace consciente, desde la posibilidad de pensar un sentido y una denuncia parece dar lugar a una posición tan clara como firme. La tristeza se transforma en su accionar, en su toma de palabra. El humo, como signo de percepción, logra ser por ella misma enlazado a lo

10 Nos referimos a los incendios intencionales de las tierras de las islas entrerrianas ubicadas frente a la ciudad de Rosario y que desde los últimos años están siendo violentamente destruidas en su fauna y su flora con fines de producción agroganadera.

simbolizado previamente; a un humo con un valor no solo perceptivo y desbordante, sino significativo. Un nuevo enlace permite a I. posicionarse sobre la base de un proceso previo sinuoso, sostenido en preguntas por otras vivencias pretéritas de su vida y que el trabajo de análisis permitió comenzar a comprender como injustas. El enojo, aunque a veces operara como defensa frente a la angustia, le permitió, en esta ocasión, apropiarse de su sentir.

La represión que permitía sostener olvidadas algunas vivencias dolorosas vino a conmoverse tras un nuevo derrumbe. Sin perjuicio de las limitaciones no elegidas que se derivaron de este derrumbe, también dio ocasión para repensar la localización de diversos enojos pretéritos, algunos, incluso, no muy claros en los momentos donde podrían haber tenido lugar.

Sobre la base de la compleja elaboración que sostuvo, I. abre problematizaciones a la sociedad. En este sentido su testimonio, ya referido, finaliza con la expresión del deseo de que el predio del ex edificio no permanezca como un sitio donde las cruces señalen y reactualicen todo el tiempo la muerte sino un espacio en el que quede emplazada una escuela pública de música. Esperar que del lugar de la tragedia emerjan sonidos placenteros y no estruendos ensordecedores quizás sea otra de las muestras de lo que alcanzó a elaborarse de lo traumático: no todo lo que hace ruido debería estallar en sus oídos.

Para finalizar, diremos que aunque I. aún tenga por delante la tarea de seguir lidiando con los efectos traumatizantes de la injusticia¹¹ y de las secuelas limitantes para un

recupero de su desenvolvimiento anterior, al no ser ya la misma de antes se encuentra también siendo la que dice cosas que pueden ayudarnos a todos a reparar.

Reflexiones finales

El trabajo clínico con los traumatismos nos recuerda la importancia de no buscar interpretar allí donde no hay contenido reprimido. Desde esta advertencia abrimos a la pregunta por las herramientas con las que contamos en los intentos de cercar los efectos del traumatismo. Si el olvido necesario no se produce por efecto del sofocamiento, sino como consecuencia de una elaboración sostenida en reensamblajes representacionales, las y los analistas deberemos abstenernos de buscar la responsabilidad subjetiva por la vía de intervenciones que terminen por culpabilizar al sujeto allí donde se trata en realidad de comprender el origen exógeno de la violencia recibida con el ataque traumatizante. Nos deberemos abstener de interpretaciones que busquen un sujeto en la compulsión, así como de intelectualizaciones que dejen expulsado del trabajo de simbolización al propio sujeto padeciente.

En otras palabras, el traumatismo agita al analista porque lo expone a la intensidad del afecto desligado que, podrá ser ligado mediante el prestamo de nuevos elementos simbolizantes. Si el trabajo con lo reprimido implica ir de lo intersubjetivo a lo intrasubjetivo, un trabajo con los signos de percepción implica ir de lo intrasubjetivo a la realidad

11 Lo que en propias palabras de I. queda enlazado a “un enojo que no se apacigua además por la importante sensación de desamparo que vivimos como

sobrevivientes, que vimos como se fue diluyendo la importancia de la primera respuesta social hasta llegar a una indiferencia social ante la falta de justicia y de cambios reales”.



para que la perturbación desprendida del haber hecho propia la violencia que provino de un agente externo, reencuentre su dirección mediante su colocación en aquella misma fuente externa y en un trabajo de producción de nuevos enlaces representacionales.

Referencias bibliográficas

- Calvo, M. (2018). *Silvia Bleichmar*. En C. L. Borensztein (coord.), *Diccionario de psicoanálisis argentino*. Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina.
- Laplanche, J. (1987) *Seminario V La cubeta, Trascendencia de la transferencia*. Buenos Aires: Amorrortu
- Bleichmar, S. (2009) *Superar la inmediatez*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- — (1990) *La construcción de la verdad en psicoanálisis*. En Publicaciones de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados N°16. Buenos Aires.
- — (1987) *Jean Laplanche: un recorrido en problemáticas*. En Publicaciones de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados. N° 14. Buenos Aires.
- — (2021) *Aportes del psicoanálisis para una teoría de la inteligencia*. Buenos Aires: Noveduc.
- — (2015) *En los orígenes del sujeto psíquico. Del mito a la historia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- — (2012) *El diagnóstico en psicoanálisis: el sufrimiento psíquico y sus determinaciones*. En *Revista Generaciones* N° 8. Buenos Aires: Eudeba. Pp:141–158.
- — (2010) *Psicoanálisis extramuros. Puesta a prueba frente a lo traumático*. Buenos Aires: Entreideas.
- — (2020). *Psicoanálisis en debate. Diálogos con la historia, el lenguaje y la biología*. Buenos Aires: Paidós Psi.
- — (2006). *La deconstrucción del acontecimiento*, en Leticia Glocer Fiorini (comp.). *Tiempo, Historia y Estructura. Su impacto en el psicoanálisis contemporáneo* Buenos Aires: Lugar Editorial, APA. Pp. 139– 153.
- — (2004) *Simbolizaciones de transición. Una clínica abierta a lo real*. En *Docta – Revista de Psicoanálisis. De intérpretes, oráculos y traductores: La interpretación en psicoanálisis*. Año 2. Córdoba: Asoc. Psicoanalítica de Córdoba.
- — (2002) *La fundación de lo inconciente. Destinos de pulsión, destinos del sujeto*. Buenos Aires: Amorrortu.
- — (1994). *Repetición y temporalidad: una historia bifronte*, en Bleichmar (comp.), *Temporalidad, Determinación y Azar. Lo reversible y lo irreversible*, Buenos Aires, Paidós.
- Freud, S. (2001) *El Moisés y la religión monoteísta*. Obras completas. Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- — (2006) *Carta 69*. Obras completas. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu. p. 301.
- — (2006) *Carta 52* Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- — (2012) *Construcciones en el análisis*. Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.